







CINCO ENIGMAS DE LA HISTORIA

Colección

La quinta historia

1

CINCO ENIGMAS DE LA HISTORIA

Martín Casariego

¿Por qué Aníbal no conquistó Roma? | La destrucción de la flota china de Zheng He | ¿Quién fue el Hombre de la Máscara de Hierro? | El mito de la gran duquesa Anastasia | El último vuelo de Amelia Earhart



Título: *Cinco enigmas de la Historia*

© Martín Casariego

© De esta edición, Ladera Norte, 2024

© De las infografías, ZAC diseño gráfico, 2024

Primera edición: abril de 2024

Diseño de cubierta y colección: ZAC diseño gráfico

Imagen de cubierta y guardas: *La familia real rusa en 1913* (Levitsky Studio, dominio público). Coloreado de imagen de cubierta: Zac

Publicado por Ladera Norte, sello editorial de Estudio Zac, S.L.
Calle Zenit, 13 · 28023, Madrid

Forma parte de la comunidad Ladera Norte:

www.laderanorte.es

Correspondencia por correo electrónico a: info@laderanorte.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones que marca la ley. Para fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, dirijase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos), en el siguiente enlace: www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-128095-4-1

Depósito Legal: M-3333-2024

Impreso en España

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad



ÍNDICE

Introducción	7
 1. ¿Por qué Aníbal no conquistó Roma?	11
El grito: « <i>Hannibal ad portas</i> »	13
Aníbal Barca y Cartago.....	18
Los Barca en Hispania.....	24
Origen de la Segunda Guerra Púnica	29
El paso de los Alpes	39
Aníbal en Italia: el enigma	44
La sentencia: « <i>Carthago delenda est</i> »	58
 2. La destrucción de la flota china de Zheng He	63
El contexto y los protagonistas.....	66
Yongle y la dinastía Ming.....	68
Los orígenes de Zheng He, el eunuco (Ma Ho).....	71
Los eunucos en China	72
La carrera de Zheng He	77
Las fuentes.....	79
Motivos para los viajes.....	81
La flota	84
Los siete viajes	90
Mentiras interesadas	102
El misterioso final	103
 3. ¿Quién fue el Hombre de la Máscara de Hierro?.....	113
Lo que escribió Voltaire: nace el enigma.....	116
Realmente, ¿queremos saber la verdad?.....	119
La Francia del Rey Sol.....	122
Prisiones de Estado y <i>lettres de cachet</i>	125
El periplo carcelario de la Máscara de Hierro	129
Cinco posibles caras tras la Máscara.....	137
La desesperación de los expertos.....	143

4. El mito de la gran duquesa Anastasia	147
Los Romanov	150
Nicolás II, Alejandra, sus hijas y el varón hemofílico	152
Aparece Rasputín	156
La Primera Guerra Mundial y el asesinato de Rasputín	161
Rusia en 1917	164
El fin de la dinastía y el golpe de Estado bolchevique	167
La decisión	177
La masacre	181
Mentiras y manipulaciones	190
El Informe Sokolov	192
Las dudas y la leyenda: los impostores	198
Anna Anderson, «la pretendiente»	203
 5. El último vuelo de Amelia Earhart	 213
Un personaje que aún fascina	215
Ha nacido una estrella	217
Una carrera meteórica	220
Sus grandes logros	224
El último vuelo: de la fama a la leyenda	228
Una catarata de teorías	240
El caso por resolver de Amelia Earhart	249
Un paralelo poético: Antoine de Saint-Exupéry	250

ÍNDICE DE INFOGRAFÍAS Y RECUADROS

1. El Mediterráneo occidental hacia 218 a. C.	30
Desplazamientos y principales batallas en Italia entre 218 y 216 a. C.	45
2. Los emperadores Ming	69
El fenómeno de los eunucos en el mundo	75
Los siete viajes de la Flota del Tesoro de los Ming	92-93
3. D'Artagnan y los tres mosqueteros	128
De Pignerol a la Bastilla	131
4. Las víctimas.	183
5. El intento de vuelta al mundo de Amelia Earhart	230-231

INTRODUCCIÓN

Hablar de enigmas de la Historia, y ceñirse a unos cuantos ejemplos destacados, puede resultar sorprendente cuando en realidad toda la Historia es un enigma, superadas ya las teorías materialistas que creían que se podía estudiar como ciencia objetiva, con leyes supuestamente lógicas, conocidas e inexorables.

Cualquier intento de reconstruir el pasado tiene que partir del estudio de las fuentes, inevitablemente contaminadas por innumerables prejuicios, manipulaciones, errores e invenciones, de modo que hay versiones contradictorias, o incluso claramente enfrentadas por defender intereses contrapuestos. Al alejarnos en el tiempo crece el problema, pues son cada vez más escasas: testimonios, documentos y restos arqueológicos se han conservado caprichosamente, sometidos ellos también a los avatares de la Historia, con destrucciones accidentales o voluntarias. A esto hay que sumar las dificultades que plantean lenguas y costumbres lejanas. O no tan remotas: hasta hace muy poco no se ha llegado a un consenso en cuanto a qué son esos «duelos y quebrantos» de *El Quijote*, y ha tenido que correr mucha tinta para que sepamos que era una «fritada de huevos y torreznos» y tengamos hasta recetas. Así que también nos enfrentamos a los sobreentendidos de cada época. Y a la corrupción de los mensajes que se conservan tras pasar por transmisores sucesivos: como en el juego del teléfono, lo que sale de la última boca poco se parece a lo que dijo la primera.

Por si todo lo anterior no fuera suficiente, se afirma con bastante razón que la Historia la escriben los vencedores. Siendo evidente que se practica la propaganda y que son forzosas las lagunas en la información, todo el pasado está siempre sujeto a interpretación, más allá de que una labor crítica escrupulosa y unos métodos de investigación adecuados puedan aproximarnos más a lo *realmente* ocurrido. Aunque la ciencia sigue progresando en todos los ámbitos y gracias a ello se aclaran algunos puntos oscuros, cualquier indagación histórica, más que en la sólida certeza, se mueve en el atractivo, pero muy resbaladizo, terreno de las hipótesis.

Sentado esto, resulta oportuna una aclaración. Al hablar aquí de «enigmas» nos referimos a los de personajes o sucesos que han pasado la criba del azar y que, por tanto, son bien conocidos, pero que tienen la particularidad de ser especialmente misteriosos o sorprendentes, por lo que han generado una notable inquietud en los estudiosos y en los lectores. En algún caso, las nuevas investigaciones y hallazgos han acabado por desentrañar lo que fue una gran incógnita durante muchos años, como lo fue el cruel destino de la familia Romanov. En otros capítulos, sin lamentarnos más por lo endeble de la «ciencia histórica», entramos en los recovecos de la psicología humana, en la penumbra de los secretos, en el páramo de lo inexplicable.

Y nos preguntamos, curiosos: ¿Por qué tras su hazaña en los Alpes y sus victorias en el campo de batalla Aníbal se negó a tomar Roma? ¿Por qué al comienzo de la dinastía Ming la flota china, la más grande y poderosa del mundo, abandonó el comercio y la exploración, dejando en manos de Europa el futuro? ¿Quién fue el prisionero de la Bastilla con el rostro oculto tras una máscara de hierro del que habló Voltaire?

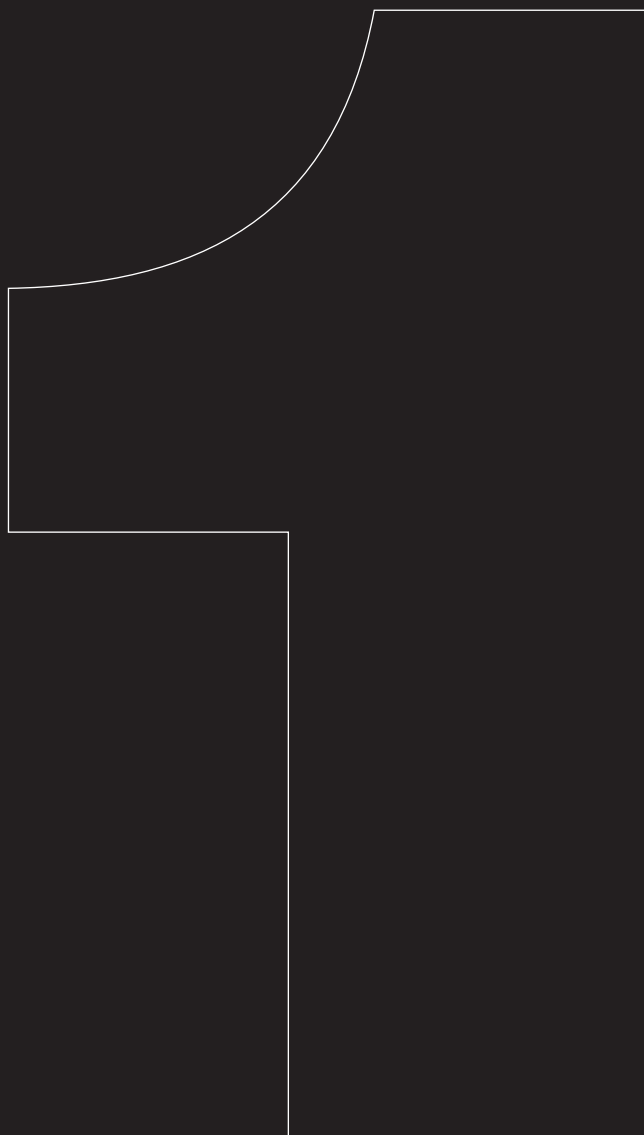
¿Cómo fue la ejecución de los Romanov y por qué durante un siglo se creyó que la gran duquesa Anastasia vivía bajo una identidad falsa? ¿Qué pasó con la aviadora Amelia Earhart? ¿Fue realmente una espía?

Aquí no nos proponemos resolver nada; más bien al contrario, pretendemos que la inquietud ya sembrada en cualquier lector germine tras la lectura de este libro.

Y tampoco creamos que los enigmas pertenecen sólo al pasado. La cantidad ingente de información actual a menudo tampoco disipa todas las brumas. Por poner un ejemplo que no tratamos en este libro, ¿podemos estar absolutamente seguros de que Yevgeny Prigozhin, el líder de los mercenarios rusos de la compañía Wagner, murió al ser alcanzado por un misil el avión en el que viajaba?

Por otro lado, cuando un enigma ha enraizado en la mente colectiva, ni siquiera una prueba tan incuestionable como puede ser la del ADN termina por derribarlo. Quizá el espíritu novelesco sea más potente que el racional. A veces queremos creer algo y ponemos a nuestra voluntad a trabajar en contra de las evidencias. Y a veces lo pasamos mejor en el viaje que al llegar al destino. Así que, viajemos.

**¿Por qué Aníbal
no conquistó Roma?**



El general cartaginés Aníbal Barca (247-183 a. C.) es una de las figuras más estudiadas de la Historia, y también una de las más populares, en parte por su extraña actitud en un envite que tuvo tres momentos decisivos. Atractivo en muchas de sus facetas, admirado unánimemente por sus capacidades militares, su visión estratégica, su arrojo y su hábil táctica en las batallas, no hay consenso en explicar por qué no intentó tomar Roma cuando la tuvo a su alcance. Se han esgrimido razones de oportunidad, de estrategia a largo plazo, de intendencia, de falta de efectivos o, incluso, de clemencia o de escrúpulos morales. Parece como si no se quisiera cargar un error sobre las espaldas de quien es calificado por todos de «genio militar». Como si, enamorados del personaje, los investigadores trataran de mantener sin tacha esa aura de líder casi perfecto. Pero ninguna de las justificaciones convence a todos. O en realidad, a casi nadie. Así que cabe preguntarse: ¿Hubo razones objetivas que impidieran ese asalto a las murallas de la *Urbs*? ¿O quizá debamos ayudarnos de las herramientas de la psicología para entenderlo? Si es que alguna vez lo conseguimos...

El grito: «*Hannibal ad portas*»

En una de las grandes gestas de la Historia Aníbal cruzó los Alpes en el invierno de 218 a. C. con un ejército menguado por el acoso de los enemigos y las dificultades de la ruta, pero

aún potente y con la ventaja de estar formado por veteranos curtidos y disciplinados. Tras derrotar a los romanos en varias batallas en terreno itálico, los ejércitos de ambas potencias se encuentran en Cannas el 2 de agosto de 216 a. C., en lo que se considera una contienda decisiva. Al resultar aplastante su victoria, hasta el punto de que fue la mayor derrota de Roma desde su fundación, el jefe de su caballería, Maharbal, le insta a marchar inmediatamente hacia la capital. Si lo hace, le asegura, en cinco días estará celebrando la victoria en el Capitolio. Aníbal prefiere esperar y el fiel lugarteniente sentencia: «Los dioses no han dado todos sus dones a un solo hombre. Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes qué hacer con la victoria». Esa indecisión resulta más sorprendente cuando el historiador romano Tito Livio, el mismo que nos cuenta la escena, probablemente inventada, elogia repetidamente las virtudes como guerrero y militar del general enemigo: vigoroso y lleno de determinación, único en cuanto a valor y resolución...

También es único el reto al que se enfrenta el héroe cartaginés. Así comienza el volumen XXI de *Ab urbe condita*, la monumental obra de Livio dedicada a la Historia de Roma: «Me considero en libertad de iniciar lo que es sólo una parte de mi Historia con una observación preliminar, tal y como lo hacen la mayoría de los escritores, a saber, que la guerra que voy a describir es la más memorable de todas las que han sido libradas; me refiero a la guerra que los cartagineses, bajo la dirección de Aníbal, sostuvieron contra Roma». En la línea de concentrar en la personalidad de un individuo el enfrentamiento de las dos mayores potencias de la época en pugna por el control del Mediterráneo occidental, aún es más contundente el punto de vista del griego Polibio, que a lo que conocemos como Segunda Guerra Púnica la denomina «Las guerras de Aníbal».

El pavor que sufrieron los habitantes de Roma ante la posible llegada de las tropas púnicas quedó reflejado en el grito de «*Hannibal ad portas*», al parecer nacido cinco años después, durante la campaña del 211 a. C., en la que el ejército enemigo se acercó aún más a las murallas de la ciudad.

Durante generaciones con ese «Aníbal está a las puertas» las madres romanas asustaban a los niños para que entraran en casa. Aníbal era algo así como el coco. La frase fue utilizada por Cicerón en su primera filípica, del 44 a. C., cuando ironizaba sobre la urgencia con la que se había requerido su presencia en el Senado, estando enfermo («¿Qué causa había para obligarme ayer con tanto rigor a asistir al Senado? ¿Era yo el único que faltaba? [...] Sin duda Aníbal estaba a las puertas de Roma o se iba a discutir la paz con Pirro»). En otra ocasión Cicerón menciona lo cerca que estuvo Aníbal de venir «ante las puertas» de Roma y lanzar una jabalina por encima del muro, en un desafío que, imagina, pudo tener como consecuencia que el atemorizado Senado decretara «el triunfo para el Africano». Es decir, que rindiera la plaza y le agasajara como a un dios, mientras para un ciudadano cualquiera el destino era «ser capturado, ser vendido, ser muerto, perder la patria».

Esa exclamación de advertencia fue tan apremiante y caló tan profundamente en el espíritu de los romanos que llegó a ser una frase hecha que se profería, mucho después de la derrota de Aníbal, ante cualquier peligro serio que amenazara al país o al prever que un desastre se avecinaba. Citada siempre en latín, ha pasado con ese valor genérico a todas las literaturas modernas. Por su rotundidad y su gran carga simbólica, en ediciones recientes en alemán es habitual poner la variante «*Hannibal ante portas*» como título al conjunto de los libros XXI-XXX de Livio, los que narran la campaña de Aníbal en Italia.

Siguiendo con Tito Livio vemos que, con recursos más propios de la literatura que de la Historia, dedica gran espacio a arengas ficticias. En esas narraciones, en realidad piezas retóricas, poéticas y de aventuras, se trasluce el intento de introducirse en la cabeza de los protagonistas en momentos importantes de su trayectoria, el deseo de reflejar el carácter y el temperamento que el autor les atribuye. Tras el duro paso de los Alpes en 218 a. C., Aníbal trata de animar a sus tropas acampadas junto al río Tesino: «Ahora todo lo que poseen los romanos, adquirido y acumulado mediante tantos triunfos, todo pasará a vuestro poder, junto con sus dueños mismos». En la boca del cartaginés aparecen los terribles pensamientos que el historiador romano imagina en la mente de cualquier compatriota que hubiera recibido las malas noticias del avance enemigo en el corazón de Italia.

Y en el discurso de Publio C. Escipión a sus tropas en 209 a. C., antes de conquistar Cartago Nova, cuando la guerra empieza a decantarse claramente a su favor, se recuerdan las derrotas ante Aníbal y las dificultades que provocaron. Y el miedo, sobre todo el miedo: «El Trebia, el lago Trasimeno, Cannas... ¿qué son, sino los registros de cónsules romanos y sus ejércitos hechos pedazos? Añadir a estas derrotas la defección de Italia, de la mayor parte de Sicilia, de Cerdeña, y luego la cúspide del terror y del pánico: el campamento cartaginés entre el Anio y las murallas de Roma, y la visión del victorioso Aníbal casi dentro de nuestras puertas. En medio de este absoluto colapso, una sola cosa se mantuvo firme e incólume: el valor del pueblo romano; y sólo él levantó y sostuvo cuanto estaba postrado en el polvo».

Es habitual que al estudiar guerras o batallas antiguas haya un momento en el que se plantee qué hubiera sucedido de no haberse omitido un detalle, un movimiento, unas palabras...

Muy conocido es el relato de Stefan Zweig acerca del «minuto universal de Waterloo», cuando el mariscal Grouchy obedece órdenes previas de Napoleón en contra del criterio de sus consejeros y de lo que exigía la acción en marcha, permitiendo el ataque de los prusianos que facilitó la victoria de Wellington. Los analistas de la Historia militar se refieren a millares de casos parecidos. Pocos tan recordados como aquel de Grouchy o, más aún, éste de Aníbal. El paso en falso del mariscal francés se explica muy sencillamente por responder al imperativo de la obediencia debida. Pero Aníbal no tenía nadie a quien obedecer. Nadie ante quien rendir cuentas.

Veremos cómo se llegó a ese punto de inflexión durante la invasión cartaginesa de Italia y cómo el no haberlo aprovechado llevó a que Aníbal, indeciso en esta oportunidad, fuera acosado por aquellos a quienes tenía en su mano, hasta perderlo todo, vida incluida. Hay errores que condicionan el futuro, y si los comete uno al que llaman «conductor de hombres», afectan al de muchos, durante mucho tiempo. Pero los errores, las derrotas y los fracasos, cuando forman parte del mito de un héroe o de un genio, lo elevan a una categoría que no suele tener quien les ha vencido. Escipión el Africano, vencedor de Aníbal y su némesis, ocupa un puesto muy inferior en los altares de la memoria colectiva.

Antes de empezar hay que observar que nuestras principales fuentes, el griego Polibio (200 a. C.-118 a. C) y el romano Tito Livio (59 a. C.-17 d. C.), que utiliza los escritos del anterior, no vivieron los hechos que narran; ellos tienen sus propias fuentes, éstas sí contemporáneas, Polibio de oídas y ambos en forma de Anales, muchos de ellos desaparecidos. Seguiremos apoyándonos en ellos, pues a pesar de todo son nuestras mejores muletas.

Aníbal Barca y Cartago

Aníbal (Hannibal en latín) nació en Cartago en el año 247 a. C., como primer hijo varón del general Amílcar Barca (c. 275-228 a. C.), miembro destacado de la familia o «casa» Barca, un grupo aristocrático con intereses políticos y económicos comunes, y supuestos orígenes muy antiguos en un antepasado de Tiro recordado como Baal («señor» o «marido», personaje a no confundir con el dios del mismo nombre). Los problemas que tuvo Amílcar con la vieja aristocracia cartaginesa y el hecho de que no se conozca quién fue su padre, llevan a pensar que su linaje se debe buscar fuera de la metrópoli. Se ha especulado con que está en Cirene, en la actual Libia; sin embargo, su asentamiento en Cartago es claro, dado que poseía en parajes del entorno de la ciudad propiedades agrícolas que luego heredaría Aníbal.

Barca, que significa «rayo», no era originalmente un apellido, sino el nombre por el que se conocía a ese grupo con lazos familiares y de poder, pero con el tiempo pasó a tener uso patronímico. Como los nombres propios cartagineses se repiten mucho, y el epíteto Barca también, se ha convenido en llamar a la rama familiar de Amílcar y Aníbal «los Bárcidas» o «Bárquidas». Aníbal en fenicio se transcribe como *Hanni-ba'al*, que significa «quien goza del favor de Baal», dios compartido por fenicios, babilonios, caldeos y otros pueblos de Asia Menor, relacionado con el Zeus griego. Como pasa con tantas divinidades, sus características se describen en mitos sucesivos y a veces contradictorios. En Cartago adoptó la forma de Baal Hammon, representado por la imagen del terrible Moloch Baal, símbolo del fuego purificante, cuyo culto incluía los sacrificios de niños, según se describe en fuentes clásicas.

Aníbal murió en el invierno del 183 a. C., cuando en su huida del poder romano se refugiaba en Libisa, en la costa oriental del mar de Mármara, como huésped del rey bitinio Prusias I. La presión romana hizo que Prusias traicionara las leyes de hospitalidad y se dispusiera a entregar a Aníbal al embajador Tito Quincio Flaminio. Antes de caer en poder de sus acérrimos enemigos, Aníbal se suicidó, empleando un veneno que había reservado para la ocasión, escondido durante mucho tiempo en un anillo o en el cañón de una pluma de su casco. Según Tito Livio, antes de apurar la copa, sentenció: «Libéremos al pueblo romano de su dilatada inquietud, ya que no tiene paciencia para esperar la muerte de un anciano».

Para llegar a esa dramática situación hubieron de pasar muchas cosas. Empecemos por saber algo de Cartago. La ciudad fue fundada como colonia fenicia por emigrantes provenientes de Tiro, enclave situado al sur del actual Líbano, a finales del siglo IX a. C. (la fecha aceptada es 814 a. C.). Se asentaba en el extremo norte de África, en lo que hoy es la ciudad de Túnez, a orillas del mar Mediterráneo y no lejos del centro de su extensión en sentido este-oeste (que podríamos situar en Malta), frente a la costa siciliana y protegida por el Golfo de Túnez. Como dato interesante, recordemos que los fenicios, pueblo comerciante, tienen en su haber la invención del alfabeto.

La leyenda cuenta que la fundadora de Cartago fue la reina Elishat (Elisa), después conocida por el apodo de Dido. Según el relato de Timeo de Taormina, tras huir de Tiro amenazada por su cuñado, el rey Pigmalión, que había matado a su marido, navegó hacia el oeste y, pasados Chipre y Libia, buscó un asentamiento para ella y su séquito. Negoció con el rey de los getulos, una tribu local libio-bereber, la compra de la cantidad de tierra que pudiera cubrir la piel de un buey. Haciendo

uso de lo que los romanos calificaban de «perfidia púnica» (a la que, con ironía, llamaban lealtad: «*fides Punica*»), cortó la piel en finas tiras y abarcó un gran espacio. Tras este ardid, se ocupó de que el territorio conseguido con tanta *calliditas* (habilidad o astucia) fuera consagrado en honor de Hércules-Melqart, del que su marido había sido sumo sacerdote en Tiro. Inmediatamente hizo erigir sobre un promontorio una fortaleza llamada Birsá, que más tarde se convirtió en la ciudad de Cartago o Qart-Hadašh (que en fenicio significaba «Ciudad Nueva», nombre ya usado en otro asentamiento previo en Chipre). La colina de Birsá o Byrsa, cuya etimología puede venir de palabras que significaban tanto «buey» como «tierra», tenía una posición estratégica entre el lago de Túnez y la laguna Sebkah er-Riana, que desembocaba en mar abierto. Y, como apuntamos, también era estratégica su posición en el conjunto del Mediterráneo, frente al estrecho de Sicilia, paso obligado de las rutas marítimas que unían las costas orientales con las occidentales. El control sobre la isla de Pantelleria reforzaba las ventajas de esa situación.

La impronta fenicia dejó en la nueva fundación sus costumbres urbanas y cosmopolitas, su habilidad como negociantes y su dominio de la navegación. Se mantuvo como colonia fenicia cananea hasta el declive de Tiro ante el acoso de los ejércitos del imperio neobabilónico a finales del siglo VII y principios del VI a. C. Ya independiente y libre de pagar tributos, Cartago desarrolló su personalidad, que se llamó púnica al generar rasgos nuevos a partir de la herencia fenicio-cananea. Al parecer, el nombre de «púnico» proviene del gentilicio «*phoinikos*» que los griegos aplicaban a todos los fenicios y que los romanos, tras adaptar la φ (ph) como p, destinaron exclusivamente a los cartagineses.